

Mayo de 1968: una Revolución nueva e intransitiva

LUCIANO MARTINS ha sido jefe de Investigación y profesor en el *Instituto de Ciências Sociais* de la Universidad Federal de Río de Janeiro, y *Professor Contratado* por la *Cadeira de Sociologia* de la Facultad de Ciencias Económicas en esa misma universidad. Actualmente es *Attaché de Recherche* en el *Centre National de la Recherche Scientifique*, de París y profesor en el *Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine* de la Universidad de París. Sus principales publicaciones incluyen *Industrialização, Burguesia Nacional e Desenvolvimento* (Río de Janeiro, 1968), *Changement Social en Amérique Latine: le renversement des attentes* (París, 1968), "Formação do Empresário Industrial no Brasil", aparecido en *Revista do Instituto de Ciências Sociais*, Río de Janeiro, Vol. III, N° 1, 1966

Transcurrido más de un año desde la eclosión de los llamados "sucesos de mayo" (designación que esconde la gran dificultad conceptual para definir lo acaecido en Francia en mayo de 1968), la comparación entre las dimensiones por ellos entonces asumidas y las consecuencias prácticas que acarrearón resulta casi insignificante. Una ley modernizadora del sistema universitario, una relativa mejoría salarial, dificultades económicas que no llegaron a impedir a Francia de recuperar —y hasta superar— su ritmo de expansión anterior, el renacimiento a medias de una derecha antes neutralizada, el dèsprestigio de la izquierda parlamentaria, un más riguroso control de los medios de información, una mayor tensión en las relaciones alumno-profesor, etc., la enumeración podría seguir sin que el modelo fuese sustancialmente diferente. Sin embargo, la importancia de los sucesos de mayo es evidente y por todos reconocida. Todos sienten que *algo* cambió en mayo; y ahí está el problema: su importancia no puede ser medida en términos de una estrecha contabilidad económica o política, puesto que la naturaleza socialmente *premonitoria* del movimiento de mayo fue mayor y mucho más importante que su inmediata capacidad de transformación. No se trata de una característica específica de mayo. Se trata de una característica de todos los *movimientos de protesta*.

En todas partes asistimos a la deflagración de movimientos sociales de características nuevas y cuya gestación parece haberse salido del cauce de las más importantes teorías sociológicas y políticas. Tales movimientos están ahora cuestionando a los modelos de organización social —tanto capitalistas como socialistas— generados en nuestra época y, al mismo tiempo, desarticulando los análisis que afirmaban la estabilidad de esos sistemas o preveían los caminos de su transformación. Lo que se está verificando, en suma, es que los mecanismos de autoconservación de esos sistemas se están mostrando mucho más vulnerables de lo que parecían, y sus puntos de ruptura están surgiendo de donde menos se esperaba. De la misma forma que una crisis iniciada en un universidad llevó a un país como Francia a un estado de casi-revolución, también la negación histórica de esas sociedades está surgiendo de sectores no insertos en posición secundaria o no insertos en el proceso de producción. Por consiguiente, el sentido que revisten tales movimientos, los nuevos protagonistas que revelan y las dinámicas sociales nuevas que los informan, parecen sugerir un *tournant* en la historia de los procesos sociales de la época contemporánea —y muy probablemente también en la manera de enfocar y entender el problema del cambio social en las sociedades desarrolladas.

Se trata, por lo tanto, de una situación que, en la medida misma en que explicita realidades sociales nuevas, impone también nuevas formas de percepción. En consecuencia, su análisis exige un esfuerzo previo de definición de la problemática ahora emergente y la formulación de más comprensivas hipótesis de interpretación. Para ello, la dificultad central no reside únicamente en los inevitables problemas de terminología y de conceptualización que surgen cuando se examinan situaciones inéditas. La dificultad reside sobre todo en el hecho de que tales movimientos son todavía muy limitados y, al mismo tiempo, trascienden en mucho los contextos sociales e históricos en que se gestaron. Y eso constituye un seguro indicador de que estamos frente a una muy profunda crisis de transformación.

Si las novedades de que son portadores tales movimientos —y el propio discurso de sus voceros— vienen muchas veces oscurecidas y confundidas por esta oposición de *tiempos* diferentes es porque el *fade-in* y el *fade-out**

* En inglés en el original, *fade-in*, *fade-out*, son términos empleados en el cine para indicar que una imagen se va diluyendo y se “esfuma”.

están superpuestos y estirados. La aceleración del tiempo histórico, además de su desigual propagación por las diferentes estructuras de las sociedades modernas, quizás encuentre aquí su más preciosa y más dramática ilustración. Considerados como *práctica política*, por ejemplo, tales movimientos todavía siguen limitados por las referencias ideológicas y las formas de organización prevalecientes; considerados como *proyecto*, trascienden dichas referencias y formas en la medida misma en que encierran nuevos contenidos sociales de pensamiento y desarrollan pautas de comportamiento inéditas. Si se tratara simplemente del surgimiento de nuevas aspiraciones sociales, esa circunstancia sería normal. Sin embargo, no estamos delante del surgimiento de meras aspiraciones, sino más bien de muy precisas estructuras de comportamiento, cuyos efectos se propagan al nivel de la familia, al nivel de la sociedad y llegan a desafiar directamente a los propios centros de poder. A pesar de que tales movimientos —y ése es su aspecto complementario— no hayan dado todavía con los caminos adecuados, las alianzas necesarias o la exacta metodología capaces de conducirlos a la conquista del Poder. Es en ese sentido que los *movimientos de protesta* son a la vez *prematurados* y *actuales*; no son sólo proposiciones utópicas y, sin embargo, no logran todavía constituirse propiamente en una *política*.

Por tales razones, se hace indispensable que el investigador se arme para percibir el fenómeno a partir de un doble movimiento: distinguir con claridad lo que en él es proposición y lo que es práctica —la *protesta* y la *acción política*— y recuperar la interacción de ambas en una situación concretamente deflagrada. Esa distinción analítica es imprescindible para que, y sólo entonces, se pueda buscar los nexos significativos de tales movimientos en los desiguales cambios porque están pasando las estructuras de las actuales sociedades. La mejor manera de iluminar, sin confundir, los diferentes *tiempos* existentes en una crisis en que la protesta se hace presente, será detectar las tensiones generadas entre los protagonistas en ella envueltos y medir el poder efectivo de que ellos están dotados, cuando se plantea el problema de la acción política o, como en el caso de Francia, del poder mismo.

Francia, durante los sucesos de mayo de 1968, ha sido el escenario en que más claramente se conjugaron todos esos elementos y *tiempos*. Esa conjunción produjo una crisis ciertamente inédita, tanto en su eclosión como en su desenlace. Su explicación está contenida en el contexto específico en que se produjo, pero además reveló toda una problemática nueva de las

sociedades en pleno desarrollo; su importancia y su aproximación a fenómenos que están ocurriendo en otros contextos nacionales sugiere la existencia de un proceso histórico nuevo¹.

Nuestra atención será dirigida, por lo tanto, más hacia la naturaleza de lo que ocurrió en Francia, que hacia el *por qué* y el *cómo* de los sucesos en cuestión. Es que la importancia paradigmática de los sucesos de mayo no está tanto en las causas sociales, políticas o económicas inmediatas que permitieron su súbita explosión —ni en el desenlace inmediato que tuvieron— sino precisamente en las novedades sociales que claramente revelaron. Son estas últimas las que permiten un acercamiento, en condiciones altamente privilegiadas, a la dinámica del cambio social en las sociedades modernas.

Por lo consiguiente, lo que se pretende discutir aquí —en una primera y necesariamente superficial reflexión de conjunto sobre el tema— es, básicamente, lo siguiente: 1) el significado de la protesta y la calidad de los nuevos agentes sociales que a través de ella se están expresando; 2) el cambio de los papeles sociales de *negación* y de *conservación* y la capacidad de modificación, medida en términos de poder, de los protagonistas del movimiento de mayo. Siempre que sea posible, procuraremos mencionar los análisis efectuados sobre el tema y avanzar de nuestra parte algunas hipótesis de interpretación.

EL SIGNIFICADO DE LA PROTESTA

El término *protesta* es empleado aquí para designar la evolución asumida por ciertas formas particulares de inconformismo últimamente surgidas en las sociedades capitalistas desarrolladas y, muy recientemente, en algunas sociedades socialistas. El inconformismo ha sido siempre la actitud clásica de grupos reducidos —actualmente de los artistas, de los *hippies* y de tantos y tan variados grupos no siempre claramente denominados— y el modo a través del cual ellos exteriorizaban su rechazo social. Este consistía en levantar los puentes que los unían a la sociedad. El bajar de los puentes, ahora, con el objetivo declarado no sólo de preservar a la sociedad, sino de transformarla, marca justamente el paso de lo que eran comportamientos singulares reactivos a movimientos sociales.

¹Proceso del que, quizás, ya se pueda referir como un advenimiento de la sociedad capitalista postburguesa y, de manera aun incipiente, pensando en el caso de Checoslovaquia, de la sociedad socialista postburocrática.

En ese sentido, el término *protesta* se nos presenta lleno de significaciones en la medida en que a un tiempo expresa una actitud y define una situación, ambas esenciales a la calificación del fenómeno. La actitud es la sensación de *extrañeza* de los que protestan (aquello que Wright Mills llamaba "the sense of being trapped") relativa a las sociedades que los produjeron. La situación muestra que el diagnóstico de las causas de ese sentimiento social no se hace acompañar todavía del conocimiento exacto de los líderes cuyo accionar permitiría a los que protestan la transformación de la sociedad. Así, la protesta, en lo que se relaciona con su dinámica, ahora no es solamente inconformismo reactivo y todavía no constituye una teoría de revolución. Es de la ambigüedad de esa situación que los que protestan sacan su mayor fuerza y es en ella que encuentran también su más seria limitación: una gran capacidad de proposición y una limitada capacidad inmediata de transformación. Eso es, como se verá después, lo que confiere a tales movimientos su carácter intransitivo. Esas dos características, esenciales a la comprensión de la dinámica de los movimientos de protesta son también claves importantes para la comprensión de la sociedad en que se gestaron. El tema será retomado más adelante. Es indispensable, antes, caracterizar los móviles de la protesta.

Los dos primeros datos que deben ser relacionados, se refieren a la multiplicidad de objetos simultáneamente cuestionados y a la profundidad de la crítica formulada por la protesta. Es la doble dimensión, horizontal y vertical, de esos movimientos, la que sugiere una primera perspectiva para la comprensión del fenómeno y de la ecuación de la problemática a él subyacente. Esa problemática, precisamente porque trasciende el plano meramente económico o político, debe ser situada en un contexto de significados que relacione e integre a varias otras dimensiones. Mejor dicho, es ese carácter *multidimensional* lo que caracteriza esencialmente a la protesta.

LA DOBLE TOTALIZACIÓN INTELECTUAL

Cualquiera que sea el marco social y político que les sirva de escenario, lo que básicamente aproxima e identifica a los movimientos de protesta es el hecho de que expresan una negación global y simultánea de las relaciones sociales establecidas, de las estructuras de poder existentes y de los *estilos de vida* predominantes o institucionalizados en cualquiera de los modelos sociales típicos de nuestro tiempo. Implican, en ese sentido, y primordial-

mente, un vasto proceso de secularización de los mitos sagrados que han venido sirviendo como ejes ideológicos de ordenación de los sistemas-tipo generados en este siglo. El temor que despiertan y el escándalo que provocan —y nunca se sabe bien dónde termina uno y empieza el otro— vienen justamente del hecho de que alcanzan a tales sistemas en su condición de sociedades nacionales y estructuras del poder aquí y ahora existentes y, sobre todo, consideradas como modelos conocidos de organización de los hombres en sociedad. Las repercusiones que han alcanzado, y las alianzas heterodoxas que para combatirlos se han formado, se deben preponderantemente a este último aspecto, el cual constituyó, en realidad, el divisor de aguas entre la protesta y las otras formulaciones *radicales*. En esas últimas, efectivamente, el proyecto se agota en la sustitución del modelo que ellas niegan por su simétrico conocido y a partir de un “cronograma histórico” establecido. En otras palabras, lo que distingue a la protesta de otras formulaciones *radicales* es que ella niega al sistema y, simultáneamente, a los modelos alternativos de organización y de transformación existentes. Se trata, así, de concepciones esencialmente diversas. Incluso el uso de la fraseología o símbolos comunes, que se disputan los que protestan y los partidos tradicionales de izquierda, ya no logra ocultar dicha diferencia. Se torna aún más nítida esa divergencia de perspectiva cuando se examina lo que denominamos dimensión horizontal de la protesta.

La multiplicidad de los objetos bajo protesta constituye una característica fácilmente observable dondequiera que tales movimientos ocurran. Aunque tales movimientos puedan recibir calificaciones diferentes, o asumir expresiones distintas, en función de los contextos culturales y sistemas políticos en que se originan, el hecho es que el radio de la protesta abarca tanto la esfera más privada de las pautas individuales de comportamiento como la esfera de la organización social, la de las relaciones de poder y la de los términos en que se establece el orden mundial. Ya no se trata, así, de una opción alternativa o prioritaria de objetivos; se trata de relacionar simultánea e integradamente todas esas esferas, atribuyéndoles idéntica importancia a cada una de ellas. Es como si todas las contradicciones entre el hombre y la sociedad fuesen entendidas como *principales*. Ese enfoque globalizador no se limita a las formulaciones teóricas; está introyectado en el comportamiento mismo de los que protestan.

Así, la protesta recupera socialmente, al nivel de la conciencia y al nivel del comportamiento, lo que constituye el dato distintivo más característico

de nuestro tiempo: el vivir en el mundo moderno implica una experiencia existencial *total* en la medida misma en que la propia sobrevivencia de la especie y la integridad del ser humano dependen del control de todas esas dimensiones —y de su realización en todas ellas. En un mundo en que el hombre es amenazado nuclearmente, aplastado por la impersonalidad de la burocracia o *cosificado* por las relaciones de objeto que informan a las sociedades de alto consumo (pero que es también el mundo de la conquista del espacio exterior, del psicoanálisis y de la comunicación), no basta ser “sujeto de la historia”, es preciso, además, ser sujeto de su biografía. Es exactamente eso lo que está expresando un estudiante de Nanterre, cuando afirma: “No queremos únicamente *transformar el mundo*, también queremos *cambiar la vida*”². Si todas esas realidades son las realidades de nuestro tiempo, cupo a la protesta, como movimiento social, realizar su síntesis y expresarla políticamente. Para los que protestan, por lo tanto, el pensar el ser en el mundo no se hace partiendo de una toma de conciencia del hombre y de la situación, sino partiendo de una experiencia vital del hombre en ella.

Ese enfoque de lo real es más que una visión intelectual del mundo. Si ella ya se traduce en *comportamiento*, y casi aun antes de ser teoría, es porque constituye una condición de supervivencia y de defensa impuesta cotidianamente por la calidad misma de la vida en las sociedades burocráticas o de alto consumo. Precisamente porque son sociedades totalitarias. No necesariamente de tipo policial, pero culturalmente totalitarias y donde los controles se ejercen difusa e impersonalmente; como parecen vivenciar los que protestan, resulta en resumen un castillo kaskiano colorido y refrigerado, donde ascéticamente son absorbidas las disidencias, violados sin dolor los más privados rincones y la propia reacción violenta es devuelta ya castrada bajo forma de *entertainment*.

Si la reacción crítica a tales sociedades —el despertar del Sr. K— empieza por una sensación de “extrañeza” (de la cual el inconformismo *hippie* es una de las más exactas expresiones) tal reacción sólo se puede concretar por medio de un proceso global de defensa de la integridad del sujeto, volviendo a montar sus partes desarticuladas, reconquistando su significación humana en todos los planos y niveles en que ella le es simultánea y difusamente negada. Como si la capacidad de esos sistemas de absorberlo todo se hubiese

²Citado en *L'Insurrection Etudiante*, Union Générale d'Éditions, Paris, 1968, pág. 470.

ahora, por saturación, echado a perder, y empezase a proyectar sobre la sociedad todos los residuos antes "recuperados". La reacción crítica a esas sociedades implica, en suma, un proceso inverso al de la metamorfosis kafkiana: la re-humanización del moscardón empieza por la expulsión de todas las escamas podridas incrustadas en su dorso. Al mismo tiempo, y precisamente porque son sociedades burocrático-totalitarias, donde la burguesía y la burocracia pierden sus rostros individualizados para reducirse casi a una categoría de análisis, la crítica sólo se realiza, como crítica propiamente dicha, cuando asume la negación. Una negación que en virtud del carácter difuso de los mecanismos de control y de su amplio radio de actuación, tiene que ser al mismo tiempo "muy global y muy personal", como dice Touraine.

La negación de los que protestan se expresa, por eso, menos en términos de conceptos abstractos ("libertad", "proletariado", "historia") que a partir de una reducción de ellos al nivel de las unidades personales que concretamente los constituyen. Es la realidad existencial del ser devuelto a su condición de persona, que fuera sumergida y obliterada por las operaciones de suma y resta generadas en la manipulación y corrosión del significado de esas categorías —lo que constituye la unidad nuclear de la protesta.

El problema que están planteando y viviendo los que protestan es, en síntesis, el de la integración *afectiva* y mutuamente significativa de la biografía con la historia. De ahí que amor, sexo y política surgen íntimamente ligados en sus formulaciones: aparecen para ellos como funciones integradas e integradoras de un único proyecto sociohumano, proyecto que sólo se realiza en el ejercicio concreto y en el pleno goce de la multidimensionalidad de la vida moderna.

La referencia se hace, así, inevitable: lo que ahora parece indicar claramente la protesta es que, contrariamente a lo que vio Marcuse, no es el "hombre moderno" el "unidimensional", sino las pautas de comportamiento y de percepción que pretenden imponerle los sistemas en que está inserto. En verdad, aquí reside precisamente la contradicción. Los movimientos de protesta son los primeros e inequívocos síntomas del afloramiento de esa contradicción. El problema, como se verá más adelante, es otro: es que si el "hombre moderno" no es unidimensional, no todos los hombres son "modernos".

Esa búsqueda del amplio ejercicio de su multidimensionalidad es, en resumidas cuentas, el puente que une a los que hoy protestan, con los

fundamentos de las concepciones humanísticas que produjo este propio siglo.

Si ahora las herencias marxista, leninista, anarquista, surrealista, freudiana o sartreana se compatibilizan en la protesta, ellas son al mismo tiempo superadas por la nueva síntesis por ésta realizada: el repudio a cualquiera etapa, aun a las intermediarias; la *descarismatización* de los líderes y la búsqueda de nuevos modelos de organización; la defensa de la expresión personal expurgada de cualquier egotismo individualista; el instinto vivido como una entrega y no como un impulso destructor; el infierno definido, precisamente, como la no-existencia del otro. Por todo eso los que protestan no se conciben como guías, ni se atribuyen papeles históricos: en plena crisis de mayo Cohn-Bendit sigue hacia Alemania para firmar, él mismo, el principio de su sustitución y defenderse de la "corrupción" de su liderazgo³.

Más importante que discutir lo que hay de *utópico* o no en la protesta es percibir que ella implica una postura existencial nueva, en definitiva, una nueva *racionalidad*. Por eso mismo, es profunda su ruptura con todas las concepciones carismáticas o tecnocráticas de transformación u organización de las sociedades. Puesto que la protesta no se enmarca en ninguno de los esquemas ideológicos convencionales, son grandes las perplejidades que engendra. De ellas no han podido escapar sus propios protagonistas. El hecho de ser considerados —o de clasificarse ellos mismos como tales— marxistas, leninistas, anarquistas o surrealistas sirve sólo para oscurecer la novedad de que son portadores: ellos ya son *trans* todo eso.

La protesta, por supuesto, y para resumir los aspectos enfocados, tiene como primera característica el hecho de ser, en el plano conceptual, doblemente totalizadora. En el sentido de que reivindica para el hombre un espacio humano en todas las dimensiones que en nuestro tiempo lo afectan, y en el sentido de hacer remontar la privación de ese espacio a la lógica misma de los sistemas en que está inserto ese hombre. Como segunda característica, aparece el hecho de que ella trasciende, en la formulación y en la praxis, los esquemas convencionales de referencia política, superando

³ Cohn-Bendit declararía más tarde al *Sunday-Times*: "El poder corrompe. Creo que estoy corrupto. Ha llegado la hora de desaparecer y diluirme en el interior del movimiento. Cuando se empieza a conducir las personas, ellas empiezan a tener confianza en uno. Si se hace bien alguna cosa, la gente empieza a depender de uno y a decir: "él es bueno, él hará la cosa". Eso es corrupción. No creo en los liderazgos inamovibles". Citado por Philippe Labro, *Editions Spéciales*, Publications Premieres, Paris, 1968, págs. 35-36.

cualquier enfoque que, redujiéndola a él, la quiera definir o analizar. Bajo esos aspectos, por lo tanto, la protesta constituye un producto histórico rigurosamente nuevo.

LOS PROTAGONISTAS DE LA PROTESTA

En Francia, en los Estados Unidos, en Checoslovaquia o en Japón —en todas partes, en suma— parece claro que han sido los estudiantes los principales protagonistas de la protesta. En consecuencia, gran parte de los estudios sobre el tema tiene su análisis centrado en el atributo más visible de la condición de estudiante: el de su juventud. El hecho de ser joven, empero, tiende a ser generalmente situado en un contexto psicológico de significaciones. Todos los estereotipos freudianos, o las manifestaciones literarias sobre la *generosidad* de la juventud, encuentran aquí su común terreno de ejercicio y de falsa aplicación. No se trata de negar las implicaciones psicológicas fácilmente discernibles en la condición de joven, sino de negar la reducción del problema a ellas. Mucho más importante parece ser entender el problema del estudiante a partir de su posición objetiva y subjetiva en la sociedad y en la cultura de nuestro tiempo.

En ese sentido, y situando la cuestión en un plano muy general, ser joven significa, preliminarmente, no haber tenido participación en la construcción de la sociedad existente. Es ser el heredero de sus conquistas y de sus desvarios, sin todavía tener responsabilidades en las tareas de su operación. Es ser *irresponsable*, ante la sociedad, en el sentido de tener las manos limpias y al mismo tiempo libres. Es en el joven también, por otra parte, que más fácilmente se resumen todas las transformaciones y contradicciones experimentadas por la sociedad en sus etapas inmediatamente anteriores. Esas transformaciones, en el caso presente, y como es sabido, llegan a cristalizarse en una subcultura casi privativa de los jóvenes —esa subcultura misteriosa y amenazadora, como dice Edgar Morin, y a la cual la sociedad adulta busca exorcisar bajo la designación de *yé-yé*. Sin embargo, la cuestión no se reduce a eso. Está también en el hecho de que el fantástico crecimiento del *out put* de conocimiento, de las técnicas de divulgación y la didáctica de la información, etc., han igualmente ampliado la capacidad de absorción del conocimiento. Ha resultado de ello una diferenciación extremadamente importante en el *out look* de las generaciones. Al punto de llevar a Margaret Mead a afirmar algo sor-

pendente: por primera vez en la historia, los jóvenes *saben más* que los adultos. Lo que hoy es generalmente referido como la abreviación del intervalo intergeneracional (que antes se contaba en una escala de treinta o cuarenta años y hoy se cuenta en una escala de diez) es la exacta expresión de ese fenómeno de rápida diferenciación. Si son los jóvenes los que animan la protesta no es tanto por ser jóvenes biológicamente. Es porque son jóvenes sociológicamente, es decir, productos ya de una transformación.

La juventud no llega a actuar, sin embargo, como una variable independiente. No todos los jóvenes, además, animan la protesta. Son sobre todo los estudiantes quienes lo hacen. Y ahí está el problema: ellos unen al atributo de joven, otro que es el de estar insertos en una situación de privilegio. Necesitamos ponernos de acuerdo sobre esta expresión.

Privilegio no significa sólo, o necesariamente, una alta inserción en el sistema económico de producción o en la escala de rentas, aunque una gran mayoría de los estudiantes se encuentre en esa situación. El privilegio puede advenir, asimismo, de una inserción significativa en un sistema de conocimiento. En la medida misma en que para las sociedades modernas el conocimiento es cada vez más estratégico, su posesión implica una situación de privilegio. El conocimiento pasa a constituir —se puede decir— una escala potencial o “paralela” de poder. No en la expresión política de poder —y la cuestión, como veremos después, está en gran parte aquí— sino, mediatamente, en su expresión operacional, e inmediatamente, en su expresión crítica. Parece claro, en un tipo de sociedad cuyo desarrollo se basa cada vez más en los descubrimientos científicos y en la implementación tecnológica, que el conocimiento pasa a ser también un instrumento de “poder operacional”; por otra parte, en una sociedad en que el multiplicador de la cultura es extremadamente alto y, al mismo tiempo, la información es sistemáticamente vaciada de su significado social, la capacidad de síntesis y la capacidad de análisis se transforman en una precondition de “poder” crítico. Es en ese sentido que la condición de estudiante implica también una situación de privilegio.

Lo que se quiere indicar, finalmente, y para resumir, es que el estudiante, como joven, está *separado* del sistema y como privilegiado está dotado de las condiciones para enjuiciarlo. Es como si esos dos atributos de la condición de estudiante se tradujeran —y sin querer parodiar a autor muy conocido— en una doble libertad: está *libre* de las responsabilidades en la construcción y operación de la sociedad heredada y *libre* de las

combinaciones de que ella dispone para neutralizar o confundir los impulsos dirigidos hacia su negación. Por eso mismo, quizás, es que el estudiante en esas sociedades puede ejercer esa negación de modo mucho más radical que otros protagonistas que no reúnan a ambos —o alguno— de esos atributos.

Sin embargo, esa libertad tiene su contrapartida, que es también de doble naturaleza. Por un lado, encierra un plazo fatal y determinado por la propia transitoriedad de la situación de estudiantes. Se agota justo cuando él pasa a formar parte de los engranajes de la sociedad. Por otro, una de sus fuentes mismas, que es la inserción en el sistema de conocimiento, se transforma para el que la vive en una privación del control de las palancas cuyo accionamiento sería imprescindible para la transformación política inmediata de la sociedad. Tales palancas, en verdad —independientemente del uso que de ellas hagan— siguen en manos de los que tienen inserción estratégica en el aparato económico de producción. Precisamente por eso, es fundamental distinguir entre los varios tipos de *poder* hoy existentes, aquellos que están dotados, aquí y ahora, de capacidad efectiva de transformación política; y asimismo medir las distancias entre las aspiraciones de los que efectivamente poseen el poder de transformación y las aspiraciones de los que no lo poseen. A ese respecto, los sucesos de mayo proporcionaron un extraordinario campo de observación.

MAYO DEL 68: LA PROBLEMÁTICA DE LA TRANSFORMACIÓN

Lo que ocurrió en Francia, en mayo de 1968, puede ser examinado desde los más diferentes prismas, tal es la riqueza de la situación creada y de los aspectos y factores que ella envuelve. Una profunda crisis social en una sociedad capitalista desarrollada y en expansión, la reducción temporal a la impotencia de un Poder que parecía incontestable, la quiebra violenta del consenso en una sociedad ya standardizada por el consumo y culturalmente anclada en la idea de la *grandeza* reconquistada, la explosión de una juventud que no había asumido siquiera las formas *hippies* de inconformismo, y una conclusión política formalmente en desacuerdo con las premisas⁴. En resumen, una sociedad *estable* que generó lo que Edgar

⁴En mayo de 1967, un año antes de los acontecimientos, fue divulgado un estudio elaborado bajo los auspicios del Ministerio de Educación, y realizado entre 280 mil jóvenes de 15 a 24 años, el *Livre Blanc de la Jeunesse*, y que definía así al joven francés típico:

Morin llamó una revolución (en su dinamismo) sin revolución (en sus consecuencias).⁵

Habría que analizar, por lo tanto, todos esos aspectos distinguiendo entre los mecanismos de detonación y el tenor de la carga explosiva. Todos ellos serían indispensables a la comprensión de mayo en la medida misma en que se complementan y se iluminan recíprocamente. Este enfoque, evidentemente, no tiene posibilidad de cabida aquí. En verdad, a juzgar por los estudios ya hechos, aun será necesario mucho tiempo para que todos esos componentes sean discernidos e integrados en un esquema teórico que permita una interpretación. Nuestro interés, por lo tanto, y para mantener la perspectiva adoptada inicialmente, se limitará básicamente a algunas notas sobre lo siguiente: la redistribución de los papeles sociales de negación y conservación del sistema entre nuevos protagonistas tradicionales del cambio social, y el poder de que efectivamente estaban dotados en la situación. La elección no es arbitraria, sino estratégica. La cuestión suscitada conduce directamente a la elaboración de una ecuación en la problemática de transformación de las sociedades en pleno desarrollo y de los términos con que en ellas se plantea el problema de la inserción social y de la participación en el poder.

“El joven francés aspira a casarse temprano, pero tiene la preocupación de no tener hijos antes de disponer de los medios para educarlos correctamente. Su objetivo principal es la realización profesional. Mientras tanto, economiza de sus módicos recursos: el muchacho para comprar un auto, la joven para hacerse el ajuar. El se interesa por los grandes problemas del momento pero no reivindica un ingreso prematuro a la vida política: 72% de los jóvenes estima que no se debe extender el derecho de voto a los menores de 21 años. El no cree en una guerra próxima y piensa que el futuro dependerá principalmente de la eficiencia industrial, del orden interno y de la cohesión de la población” (Ver Philippe Labro —*Edition Spéciale*, Publications Premieres, Paris, 1968, pág. 4). Independientemente de los criterios —que desconocemos— con que fue elaborada la encuesta, lo más perturbador no es la discrepancia entre lo que ella relata y lo que pasó un año después; es que al tiempo en que ella fue realizada la situación parecía ser exactamente la descrita.

Un mes antes de mayo de 1968, *Le Monde* publicaba un artículo de su editor político, Pierre Vianson-Ponté, cuyo título era “Cuando Francia se entendía...”. Decía:

“Lo que caracteriza actualmente nuestra vida pública es el tedio. Los franceses se aburren. No participan ni de cerca ni de lejos en las grandes convulsiones que conmueven al mundo. (...) La juventud se aburre. (...) El General De Gaulle se aburre. (...) En la intimidad, suspira descorazonado frente a la *vachardise* de sus compatriotas, los cuales, a su vez, le transfieren, de una vez por todas, sus problemas”. (Ver *Le Monde*, 15 de marzo de 1968).

⁵ Edgar Morin, “Pour une Sociologie de la Crise”, en *Communications*, N° 12, 1968.

Considerando la complejidad de los sucesos de mayo, y para delimitar bien el campo de observación, se hace indispensable preliminarmente distinguir tres momentos. *La ruptura*: desde el desborde de la crisis estudiantil hacia las calles, hasta el decreto de la huelga general del 13 de mayo. *La brecha y el impasse*: desde la paralización insurreccional y *sauvage* de todo el país, a partir del día 13, hasta el vacío de poder y, simultáneamente, las soluciones políticas alternativas. *La reversión*: desde la toma de los controles, el 30 de mayo, por el general De Gaulle, a la “normalización” veinte días después. Es el segundo de esos momentos el que particularmente nos interesa. Incluye el auge y la declinación de la crisis y explicita lo que quizás sea, desde el punto de vista de la práctica política, el dato más decisivo de la protesta: su aspecto intransitivo.

En ese segundo momento de mayo, y por 17 días consecutivos, como que todos los tejidos de esa sociedad *estable* y en progreso se rompieron⁶. Esa ruptura dejó entrever no sólo toda la ingeniería de los mecanismos sociales existentes sino también lo que podrían ser las matrices y las contradicciones de su funcionamiento futuro⁷. La protesta desplegándose en acción y, asimismo, en las tensiones contenidas en esa dinámica.

El examen de esas tensiones, que es lo que nos interesa, exige la caracterización previa de los protagonistas y la identificación de los factores de propulsión y de contención presentes en la dinámica de mayo.

Enfocamos, por lo tanto, solamente a los agentes sociales de la crisis, abstrayendo las respuestas de los que tenían en su mano el poder y las de las capas sociales amenazadas por las crisis. No se trata, como ya se ha dicho, de analizar la correlación de fuerzas en la sociedad como un todo, sino de examinar los distanciamientos entre las aspiraciones y evaluar los diferentes grados de poder que poseían los sectores que dieron inicio a la crisis o que la alimentaron.

⁶ En el apéndice se encontrará un breve relato factual de los principales sucesos que caracterizaron este rompimiento.

⁷ Lo que se ha designado inicialmente como la naturaleza socialmente premonitrice de la protesta encuentra en mayo su más extraordinaria demostración. En verdad, y frente al impacto de todas las realidades nuevas que mayo ha explicitado, los más recientes productos de la cultura francesa —tanto los de exportación como los de consumo interno— del estructuralismo al goddardismo, se han vuelto rápida e inapelablemente viejos.

Son tales las evidencias acumuladas durante los sucesos de mayo, que lo que sigue, creemos, dispensa mayor demostración. Al movimiento estudiantil le cupo iniciar la protesta y forzar la acción en el sentido de la negación del sistema. Las centrales sindicales y el Partido Comunista procuraron descalificar el aspecto revolucionario contenido en la situación y desviar los movimientos hacia el ámbito de las reivindicaciones o, en el mejor de los casos, hacia la negación del gaullismo. Aunque en distintos grados, hubo evidente desobediencia de las bases a los líderes sindicales, lo que, sin embargo, no llegó a traducirse en la aceptación de los objetivos o del liderazgo estudiantil.

Tenemos, así, por un lado, al movimiento estudiantil, en su carácter de agencia de protesta, como fuerza de impulso y de negación. Por otro, como factores de contención e integración en el sistema, a las centrales sindicales, el Partido Comunista y, aunque de manera contradictoria y poco clara, las bases sindicales. Agréguese a esto el tratarse de una situación que si no era *clásicamente* revolucionaria, si es que actualmente tiene algún sentido esta expresión, encerraba claramente una profunda y grave crisis social y de poder. Son tres, por lo tanto, los pares de relaciones en la ecuación: estudiantes-aparatos sindicales, bases sindicales-lideranzas sindicales, y estudiantes-bases sindicales⁸. Trataremos ahora de consignar las perspectivas divergentes de las fuerzas cuya conjugación era saludada, en los manifiestos y proclamaciones, como la "alianza de los obreros y estudiantes".

LAS PERSPECTIVAS DIVERGENTES

Todas las características anteriormente descritas como definitivas de los movimientos de protesta —y de ahí la razón por la que nos detuvimos inicialmente sobre el tema— van a encontrar en mayo, y especialmente en la acción del *Movimiento 22 de marzo*, su más perfecta ilustración. Los distanciamientos entre el comportamiento de protesta y el comportamiento tradicional de izquierda serán, por eso mismo, inevitables. No se trata, únicamente, de dos maneras de leer e interpretar una situación política, ni del desacuerdo sobre la táctica y estrategia que habitualmente

⁸Se hace abstracción aquí de las relaciones *groupuscules* de izquierda-estudiantes, y de las relaciones entre estudiantes y participantes de la protesta de otras categorías, especialmente de las profesiones intelectualizadas (periodistas, *cadres*, técnicos, etc.).

separa a las corrientes de izquierda. Se trata ahora de esquemas mentales distintos, de marcos de referencia diferentes y de valores irreconciliables. Esas perspectivas divergentes y hasta contradictorias se evidenciaron en varios planos y a lo largo de todo el proceso de mayo. Pueden ser percibidas de manera más estratégica en los planos relativos a la concepción de la acción y de la organización política.

En ese sentido, notable material proporcionaron las manifestaciones callejeras. Para los líderes sindicales y el Partido Comunista, la gran preocupación era realizar una demostración pública e inequívoca de que el *movimiento obrero* preservaba, en vez de destruir, todo aquello que sacrificaban los estudiantes en las barricadas. Los símbolos mismos de la sociedad de consumo y de la propiedad privada, de los *placards* de publicidad al automóvil. Como dice *Le Figaro*, "el Partido Comunista ha demostrado su gusto por el orden y su sentido de responsabilidad". La preocupación en disociarse de la acción de los que protestaban, no reflejaba tan sólo un problema táctico, expresaba sobre todo una divergencia profunda en cuanto a la manera de concebir la acción y las relaciones líder-masa. Representaba, en resumen, una postura política y un sistema de referencias que liminarmente negaban los que protestaban. Para éstos, en efecto, la acción era concebida en términos de liberación, de una convocación a la expresividad y a la espontaneidad de las masas y, sobre todo, como un instrumento de comunicación *total*. Como si la acción política fuera concebida por ellos como la *action-painting* lo es por Pollok. Y si aun los más violentos enfrentamientos con la policía asumían un aspecto casi lúdico, es porque la práctica política era vivida como pasando por una especie de intersección de la ideología con la alegría. *Il faut faire la révolution, en rigolant*, decía Cohn-Bendit. Y la cuestión esencial es que eso no se debía tanto al lado "juvenil" de los estudiantes, sino que reflejaba más bien, además de una postura distendida frente al mundo, la tentativa de descubrir una nueva didáctica revolucionaria que fuera capaz de romper, mediante la comunicación "total", las barreras del sonido existentes en la sociedad. Es expresivo el relato de uno de los integrantes del Movimiento 22 de marzo sobre la *noche de las barricadas*.

"Lo que hubo, principalmente, fue la capacidad de un cierto número de militantes del Movimiento 22 de marzo de interpretar la situación; de interpretar *tripalmente*, es decir, al nivel del vientre, lo que deseaban los mani-

festantes. Y lo que ellos deseaban era luchar. No porque eso sea benéfico, sino porque el CRS era el símbolo mismo de la represión, no sólo de la represión del Estado, sino también de la represión sexual, de la represión universitaria, de todo aquello que no los dejaba vivir, hablar libremente, contar leseras cuando les diese la gana, o escribir en la pared, como tantos hicieron, lo que les viniera a la cabeza. (...) Faltaba a los que estaban allí, a todos esos liceanos, universitarios y jóvenes cesantes (no olvidemos que, únicamente en la región parisiense, hay 25 mil desempleados) cosas elementales de la vida; no eran felices en esa porquería de sociedad. Había personas para quienes, hace dos meses, la vida era insoportable, y que en el embate creado por la represión encontraron una brecha para expresar lo insostenible de la situación. La barricada, el combate en las calles, correspondía al deseo profundo de toda aquella gente, y eso explica la exaltación de que todos fueron testigos. Era la alegría casi en el sentido nietzschiano del término. La gente se moría de felicidad. ¡Para mí fue la más hermosa noche de mi vida!⁹.

Ninguna explicación psicológica, o de psicología social, es capaz de captar aisladamente el significado de este tipo de manifestación: en ella participaron, directa o indirectamente, más de treinta mil personas. En otras palabras: si es cierto que ha existido todo un lado *psicodramático*, como quiere Aron, la cuestión esencial es que todo se haya expresado en los términos en que se hizo y que haya asumido las proporciones que conocemos. Parece evidente, por otro lado, que lo que ha calificado *políticamente* al fenómeno no fue tanto el número de personas envueltas en la dinámica de la acción, sino el sentido de ella. El hecho de que en las barricadas se sacrificaba, en verdad, todo un *way of life* hasta entonces prevaliente y valorizado en la sociedad. Lo que se rompía, en resumen, en las calles de París, eran los marcos unidimensionales representados por la impersonalidad de las relaciones interpersonales, por la conquista del status a través de la posesión de lo superfluo, por la supervaloración del objeto, por la represión de la creatividad del sujeto, por todo, en resumen, lo que caracteriza a la sociedad capitalista de consumo. De ahí la importancia del paralelo entre la acción estudiantil y la acción de las organizaciones sindicales, en la medida exacta en que revela dónde pasa la línea que separa la adhesión a la "unidimensionalidad", de su rechazo.

⁹Ver Philippe Labro, obra citada, pág. 65.

Mientras que para las centrales sindicales o el Partido Comunista, el problema consistía en no dejar que los manifestantes “escaparan” al control de los líderes —a través de un servicio militarizado de orden y de un premeditado empleo de *slogans*— el problema se planteaba, para los de la protesta, en términos exactamente inversos. Para éstos, lo que importaba era la quiebra de lo que percibía como las “nuevas cadenas” impuestas por las sociedades modernas. La destrucción del concepto carismático del liderazgo, no era por falta de liderados, o únicamente por la necesidad de subvertir a las bases sindicales. Era debido, sobre todo, a una específica concepción de la participación y de la acción; participación y acción que tenían que ser *libres* para que se constituyeran —en el sentido y en la forma— en negación de las prevalecientes relaciones autorizadas; y que tenían que ser *totales* para que fueran capaces de vencer a los mecanismos de absorción de la sociedad.

Los distanciamientos entre la izquierda en protesta y la izquierda oficial tenían que ser fatales. No se trataba sólo de una divergencia en cuanto a los objetivos (la negación del sistema o la inserción en él, en mejor posición), sino en cuanto a los modelos mismos de organización y de transformación. La protesta llegaba a los propios fundamentos de las concepciones elitistas y vanguardistas en los que las organizaciones sindicales o políticas buscan su legitimación. Al centralismo democrático o a la tutoría política, los de la protesta oponían la democracia descentralizada al último grado y la *desmixtificación* de las relaciones líder-masa. Por eso mismo que su acción tanto significaba para el General De Gaulle un *chienlit*, como para los líderes sindicales o dirigentes comunistas una “provocación”. Es decir, se trataba, para ellos, de pautas de comportamiento literalmente inconcebibles porque totalmente extrañas a sus esquemas de referencia.

El problema medular, por lo tanto, no estaba en las relaciones entre los que protestaban y las organizaciones políticas o sindicales. Se situó sobre todo, en las relaciones estudiantes-bases sindicales o, más exactamente, elementos de protesta-base obreras. ¿En qué medida el circuito estudiantes-obreros no se cerró a causa de la interferencia de máquinas partidarias y sindicales o en qué medida las divergencias de perspectivas y de intereses también apartaron a los dos términos de esa relación? Mayo no ha dado una respuesta cabal a esa pregunta esencial. Las condiciones mismas

en que se produjo la crisis imposibilitaron una respuesta clara; las situaciones propias de estudiantes y obreros, relativas al sistema, eran distintas.

Las relaciones estudiantes-sistema se tornaron unívocas y directas en la medida misma en que la instancia que los mediaba (la Universidad) fue abolida por la entrada en escena de la policía. El paso de la negación de la Universidad a la negación de la sociedad en cierto modo como nota Burgelin¹⁰ "fue apresurado", por la presión. En la medida misma en que las autoridades universitarias se hacían sustituir por la violencia del Estado, el orden universitario y el orden social pasaban a ser percibidos por los estudiantes como una única y misma cosa. Las relaciones obreras-sistema eran mucho más complejas al estar mediadas por el aparato sindical y político, por el patronato y por el Estado. No fueron otros, en verdad, *et pour cause*, los que se sentaron a la mesa para discutir los acuerdos de Grenelle. En el límite, sería necesario, para que las situaciones fuesen simétricas, que los obreros percibiesen el aparato sindical y el Partido Comunista como defensores, al lado del patronato y del Estado, del orden social existente. Esa ruptura no se verificó y el hecho de que difícilmente habría podido hacerse, en el *timing* de la crisis, sustrae un elemento importante de apreciación, en cuanto a la posible evaluación del comportamiento obrero.

Sin embargo, si es verdad que fue riguroso el *cordon sanitaire* establecido por los líderes sindicales y por el Partido Comunista para proteger a su clase obrera del contagio de la protesta, dificultando las posibilidades de comunicación entre estudiantes y obreros, no es menos verdad también que en función misma de la crisis de mayo, las dos mayores centrales sindicales (CGT y CFDT) recibieron nada menos que 350 mil adhesiones (la primera) y 250 mil (la segunda)¹¹. En definitiva, por lo tanto, el dato sobre el cual se puede trabajar es que el comportamiento latente representado por la desobediencia de las bases obreras a los líderes sindicales —ocho millones de trabajadores ocuparon locales e iniciaron una huelga ilimitada sin que hubiese sido dada palabra alguna de orden en ese sen-

¹⁰Ver Olivier Burgelin, "La naissance du pouvoir étudiant", en *Communications*, N° 12, 1968.

¹¹Ver entrevista de André Berthelot, secretario confederal de la CGT, en Philippe Labro, obra citada, pág. 176.

tido¹² — nunca llegó a traducirse, en términos de comportamiento manifiesto, en una aceptación de los objetivos del sistema. Ese comportamiento, además, no fue uniforme. De la misma forma que a los de la industria moderna les cupo la iniciativa de ocupación de las fábricas (Sud Aviation lo hacia ya en el día 13), y de rechazar los acuerdos de Grenelle, fueron los sectores menos especializados los que menos combatividad demostraron. Los mineros del carbón, por ejemplo, no sólo aceptaron el acuerdo negociado por las centrales sindicales, sino que ya en el día 28 habían regresado al trabajo. Y fueron también las profesiones intelectualizadas (periodistas de la ORTF, profesores, etc.), las que por más tiempo resistieron, aun en plena fase de reversión del movimiento. A pesar, por lo tanto, de la heterogeneidad de comportamientos y de las diferentes categorías profesionales envueltas en la crisis, lo que se podría establecer, en resumen, es que los obreros en mayo se situaron a la *izquierda* de los líderes sindicales, pero inequívocamente a la *derecha* de los estudiantes.

Por lo tanto, a pesar de la salvedad hecha en cuanto a la precariedad de los datos para un análisis dinámico del real significado de la extensión y posible evolución de la desobediencia de las bases a los líderes sindicales, la situación concretamente revelada en mayo, en términos de comportamiento manifiesto, conduce fatalmente a enfocar los vértices del triángulo: los que protestaban-aparatos sindicales-bases obreras como fuerzas de tendencia centrifuga. Significa decir, en consecuencia, que las representaciones intelectuales que proponían la "alianza-obrero-estudiantil" como base del movimiento, estaban distanciadas de la realidad. La cuestión es medular y permite formular dos hipótesis diferentes, aunque no necesariamente excluyentes.

La primera es que tal distanciamiento reflejaba la propia confusión conceptual de los que protestaban, consecuencia, como se ha dicho, de que la protesta ya no era simple inconformismo y, sin embargo, aún no constituía una teoría de revolución. Para decirlo rápidamente, y usando una imagen de que ya nos servimos en otro trabajo, la propia elección de la *Internacional* por parte de los que protestaban, como canto de guerra y

¹²El Secretario General de la CGT, y miembro del Buró Político del Partido Comunista, Georges Séguy, fue explícito en un discurso pronunciado en plena crisis, en la fábrica Renault, cuando declaró que "no se trataba de una huelga insurreccional". Discurso, además, que le valió felicitaciones calurosas del Presidente de la Confederación Nacional del Patronato Francés, como relata André Barjonet, intermediario de esas felicitaciones en la época cuando integraba los cuadros de la CGT (Ver Philippe Labro, obra citada, pág. 169).

simbolo de su voluntad de alianza con el obrero, expresaba a la perfección ese *cambio de fase*. Más claramente: no sólo la internalización del movimiento obrero no es más que una figura de retórica, sino que, además, en una sociedad capitalista desarrollada, ni estudiantes ni obreros son propiamente “víctimas del hambre”. El problema en verdad, parece ser exactamente éste: las “hambres” de que son víctimas son otras —y son diferentes.

La segunda hipótesis es que la proposición de una alianza obrero-estudiantil hecha por los de la protesta enmascaraba una racionalización, lo que haría emerger el factor *ideología* contenido en la protesta. Es en esa conexión que se examina el movimiento de mayo en el análisis más comprensivo hasta ahora publicado, el libro de Alain Touraine¹³. Para Touraine, mayo ha representado esencialmente una nueva forma de lucha de clases, el “inicio de luchas sociales contra un nuevo tipo de organización y de poder económico, contra la tecnocracia”. El movimiento de mayo expresaría, en ese sentido, las tensiones generadas en la tentativa de superar una transición, ella misma aún incompleta. La transición de la sociedad burguesa hacia la sociedad tecnocrática. Fue eso, para Touraine, lo que produjo que el movimiento se enfrentara con “una clase dirigente que era al mismo tiempo capitalista y tecnocrática”. El autor distingue, entonces, dos vertientes principales entre los animadores del movimiento. La que buscaba revivir la acción revolucionaria de la clase obrera y aquella otra (representada por lo que él llama “profesionales”) que descubría estar sometida a la dominación de los aparatos tecnocráticos que aseguran la integración social y la manipulación cultural en la sociedad capitalista. Los *profesionales* serían, para Touraine, aquellos que poseen conocimientos, pero están excluidos, por la clase dominante y dirigente, de la participación en la toma cualitativa de decisiones. Así, los estudiantes, ellos mismos futuros profesionales, no estarían más que expresando ese nuevo conflicto. Las reivindicaciones, frecuentes en mayo, de “participación” y “cogestión” en la dirección de las empresas o de las universidades, constituirían el indicador adicional en favor de esa interpretación. Ahí estaría el aspecto *ideología* de la protesta: la presentación de un interés particular, porque específico de los “profesiona-

¹³Alain Touraine, *Le Mouvement de Mai ou Le Communisme Utopique*, Editions du Seuil, Paris, 1968. Todas las citas de Touraine hechas en este artículo fueron sacadas del referido libro.

les”, como constitutivo de interés general (más exactamente en este caso, de la clase obrera).

El análisis de Touraine, altamente sugestivo aunque a veces contradictorio, merecería toda una discusión, pero no aquí evidentemente. La distinción entre profesionales y tecnócratas, por ejemplo, que sería fundamental para su tesis, bajo ciertos aspectos es ambigua al estar centrada esencialmente en una relación de subordinación (y aun en una expectativa de ella, como sería el caso de los “futuros profesionales”) de discutible consistencia teórica y empírica o, por lo menos, no claramente discernible. El autor se refiere, en verdad, también a las diferencias de perspectivas existentes entre las dos categorías. Sin embargo, en la medida misma en que la cuestión es reducida a la *ideología*, esas diferencias de perspectivas o de enfoques del mundo asumen el carácter de simples racionalizaciones para enmascarar un cambio de posición en el sistema. Pero, y como hemos visto, la importancia de esas nuevas concepciones es decisiva. Paralelamente, las dos vertientes de que habla Touraine son distinguidas en función de una filiación política (los *groupuscules* de izquierda) y no en función de las diferencias objetivas de posición eventualmente existentes entre los “profesionales”, cosa que hace demasiado fluida esa categorización. También los indicadores apuntados (“participación” y “cogestión”) podrían, con argumentos igualmente válidos, ser atribuidos a la propia inexistencia de un modelo de transformación de la sociedad y, como adelante veremos, a la inexistencia de una base de poder que permitiera a los de la protesta derrocar al sistema. Lo que se quiere significar, en resumen, es que los datos aquí y ahora existentes parecen sugerir otro enfoque, aunque *dinámicamente* el análisis de Touraine resultara confirmado. En otras palabras, los elementos por él valorizados pueden con el tiempo llegar a prevalecer sobre otros de sentido contrario, igualmente presentes en la situación.

El problema central, para nosotros, sin embargo, es que si “el movimiento de mayo está en la encrucijada de la sociedad burguesa con la sociedad tecnocrática”, como lo sitúa Touraine, él encierra, como protesta, un repudio igualmente vigoroso a ambas. Dicho repudio, sin embargo, y en eso está la divergencia, es de tal forma global, y al mismo tiempo se reviste de un sentido nuevo tan fuerte, que sobrepasa la posibilidad de constituirse únicamente en una nacionalización ideológica para encubrir un proyecto de dominación. Más exactamente, lo que la protesta está social-

mente expresando, es el deseo de un sistema social que excluya las relaciones de manipulación y de dominación, sin que por eso se le pueda conferir un carácter estrictamente utópico, en la connotación dada por Touraine a esta expresión, la de una realización posible únicamente en contradicción con su enunciado. Y eso porque, como lo hemos visto, el contenido liberador de la protesta también sobrepasa al nivel de la mera aspiración, en la medida que ya informa concretamente el comportamiento de los que protestan. Está, por decirlo así, introyectado en ellos. Ese comportamiento, además, no es incompatible con el establecimiento de una estrategia; y si lo es con las formas actualmente vigentes de organización, nada autoriza a decir que sea incapaz de generar normas nuevas de organización. La protesta sería utópica, en todo caso, estrictamente, en el sentido que Manheim le presta a esta expresión, es decir, precisamente como el polo simétricamente contrario a la ideología. Por todas esas razones, el enfoque del problema, a nuestro modo de ver, sólo puede encontrar sus anexos de significación en un contexto definido a partir de la mutación social. En ese sentido, los movimientos de protesta pueden ser más consistentemente pensados como los primeros productos sociales y políticos —más aún: existenciales— de las profundas transformaciones que el mundo ha conocido en los últimos treinta o cincuenta años. Esas transformaciones acabarán gestando no sólo nuevas formas de producción y de dominación, sino también la contrapartida de ellas, lo que quizás venga a constituirse en su negación: un hombre culturalmente nuevo. La protesta es la forma social nueva a través de la cual ese *hombre moderno* se está expresando ahora.

A partir de ese planteamiento quizás sea más fácil distinguir el problema complementario, el cual, en último término, constituye el factor de conducción en el análisis del fenómeno: las relaciones actualmente existentes entre inserción social, aspiraciones sociales y poder.

INSERCIÓN SOCIAL, ASPIRACIONES Y PODER

En ese aspecto, la hipótesis cuya formulación intentamos parte de una idea extremadamente simple, la de que las arritmias y discontinuidades en la propagación del desarrollo en las sociedades modernas produjeron no sólo nuevas normas de estratificación social, sino además una estratificación de las aspiraciones sociales. El problema se reviste de significación cuando lo relacionamos con dos importantes calificaciones: existe no sólo uno, sino

varios procesos de producción en la sociedad; la propagación desigual del desarrollo en las sociedades modernas ha creado grandes cambios de fase y complejidades cualitativamente distintas en cada uno de esos procesos de producción, generando patrones de aspiraciones también cualitativamente distintos en cada uno de ellos¹⁴.

Lo que se quiere sugerir, en síntesis, es que no es tanto la posición relativa ocupada en éste o en aquel proceso de producción, sino sobre todo la naturaleza del proceso en que se está inserto, lo que genera las aspiraciones posibles de realización en la sociedad existente (mediante su reforma), o aquellas otras de sólo posible realización en una nueva sociedad (mediante su revolución).

En esa misma línea de raciocinio tendríamos entonces que la capacidad inmediata de un grupo social para realizar sus aspiraciones sería función, usando la terminología de Lasswell, del peso de poder conferido *hic et nunc* en ésta o aquella sociedad al proceso de producción en que tal grupo está inserto.

Si la negación de las sociedades modernas está surgiendo de los sectores insertos en otros procesos —y no en el proceso económico de producción— ello se hace a partir de un universo específico de preocupaciones, cualitativamente distinto de aquel en que este último prevalece. La sincronización de esos dos universos —el hallazgo de un “hombre” del que puedan ser víctimas en común— es obstaculizada por la ampliación de la distancia entre ellos, dado el curso desigual del desarrollo en esas sociedades. Nada autoriza a afirmar, empero, que ese obstáculo sea irreductible. Los movimientos de protesta, precisamente en la medida misma en que procuran remetamorfosarse al sujeto sometido a las sociedades burocráticas y de consumo, están buscando esa reducción. Los sucesos de mayo, también en ese aspecto, proveen una buena ilustración del problema.

En mayo, ha quedado claro que: 1) la negación del sistema social existente partía de los sectores no insertos en el proceso económico de producción y, al mismo tiempo, 2) esa no inserción les retiraba el acceso a los instrumentos para dar consecuencia política inmediata y eficiente a esa negación. Parece evidente que lo que ha amenazado al sistema social en mayo, en Francia, no fueron las barricadas del *Quartier Latin* ni los manifestos de los “profesionales”, sino la huelga y la paralización de los ser-

¹⁴Luciano Martins, “Aspirations Sociales et Changement Social”, Comunicación presentada al Seminario Internacional sobre Aspiraciones Sociales, París, diciembre, 1968.

vicios y del proceso económico de producción. La hipótesis es, por lo tanto, la siguiente: fue la no inserción en el sistema económico de producción o la inserción en posición secundaria en él, lo que ha permitido el surgimiento de aspiraciones de cambio radical en los que protestaron (o, agregando la variable juventud, lo que ha permitido que en ellos cristalizara la mutación cultural); al mismo tiempo que esa no-inserción les quitaba el poder necesario a la transformación inmediata de la sociedad. Lo que anteriormente se ha descrito como la contrapartida de la “libertad” del estudiante reaparece aquí en el plano de la inserción social. La cuestión es fundamental. Aunque la producción de conocimiento sea estratégica para el funcionamiento de las sociedades modernas, las reservas de conocimientos ya existentes son de tal orden que garantizan al sistema social un tiempo social, un tiempo de funcionamiento que supera a la capacidad de resistencia en producir conocimiento en esos “nuevos productores” de nuestro tiempo. Aplicando una regla elemental de logística, el poder de que son dotados es insuficiente, puesto que las reservas de que dispone la sociedad superan en mucho al *timing* de resistencia de los que protestaban.

Lo que mayo parece demostrar, por lo tanto, es que quien negaba al sistema no podía plantear políticamente el problema de poder y quien efectivamente podía hacerlo, no sólo no lo hacía sino que no negaba al sistema. Quizás estén aquí las claves para la ecuación de la problemática de transformación de las sociedades capitalistas plenamente desarrolladas¹⁵. El obstáculo para que la revolución *en su dinamismo* se transformara en una revolución *en sus consecuencias*, como dice Morin, no fue tanto la falta de una “cadena de transmisión” (partido u organización revolucionaria), sino el efectivo cambio de fase entonces ocurrido entre las aspiraciones de quien *quería* y las de quien *podía* hacer la revolución.

Aunque protagonistas principales de los sucesos de mayo, los que protestaban —estudiantes, “profesionales”, o cualquiera sea su nombre— nunca llegaron a ser propiamente actores del proceso. Fueron, en verdad, propulsores de una negación cuyas premisas, sin embargo, aunque fuesen intelectualmente totalizadoras, socialmente aún no tenían capacidad de totalización. Y es precisamente a eso que llamamos la *intransitividad* de

¹⁵Es indispensable hacer la salvedad de que en Francia no se ha presentado el otro polo que, de acuerdo con Marcuse, por ejemplo, se podría constituir en un elemento esencial al cierre de lo que quizás sea el circuito revolucionario moderno: el sector más acá del proceso económico de producción o no integrado en el sistema. En los términos de Marcuse, el *ghetto*.

la protesta: la acción no pasa del sujeto revolucionario al complemento necesario para la revolución.

En esas circunstancias, y teniendo en cuenta el desfase entre la protesta, el movimiento obrero y la oposición parlamentaria (que se restringía, como dice Lefort, a exigir una tasa más alta de expansión económica, cuando lo que se discutía era la existencia misma del sistema), no había cómo dar continuidad política al movimiento. El epílogo en apariencia sorprendente que los sucesos de mayo tuvieron, encuentra aquí, básicamente, su explicación. El impulso revolucionario se agotó cuando se agotaron, sin producir los efectos esperados, los recursos de la única arma efectiva con que contaban los de la protesta: el efecto de demostración¹⁶.

A pesar de todo eso, y aunque lo que ha ocurrido en Francia quizás no constituya en rigor una prerrevolución, el movimiento de mayo seguramente constituyó una *previsión* del proceso que se inicia y cuyo desarrollo histórico, sea el previsto por Touraine, sea otro, tendrá que ser necesariamente referido a su más reciente emergencia. Y eso no se aplica sólo a Francia, sino a todos los contextos que han generado movimientos de protesta.

¹⁶Gran parte de los que protestaron en mayo tenían plena conciencia de la imposibilidad inmediata de derrocar el sistema y jugaban con el poder del "efecto de demostración". Cohn-Bendit, recordando la noche del día 24, en que París estuvo prácticamente en manos de los manifestantes, y discutiendo el "error" de no haber ellos ocupado los ministerios, afirma: "La toma de los ministerios y de los edificios públicos tenía por finalidad, para nosotros, no la instalación de los representantes de la clase obrera en el aparato del Estado, sino el provocar la toma de conciencia de todo el pueblo, de que ese aparato del Estado ya no era absolutamente nada, que ya no había ningún poder, y que, a partir de entonces, todo estaba por reconstruirse sobre nuevas bases. La autogestión aparecería entonces como una necesidad lógica. Es evidente que, si en la mañana del día 25, París hubiera amanecido con varios ministerios ocupados, el gaullismo estaría liquidado". Ver Cohn-Bendit, *Le Gauchisme, remède a la maladie sénile du Communisme*, Editions du Seuil, París, 1968, pág. 75.

APENDICE

Aunque nuestro objetivo, aquí, evidentemente, no sea presentar un relato factual o una cronología de ese segundo momento de mayo, algunas referencias se hacen indispensables para dimensionar la extensión de la crisis. Ella se inicia cuando, para protestar contra la acción policial en el *Quartier Latin*, que ocasionó más de 400 heridos en “la noche de las barricadas” (10-11 de mayo), todas las centrales sindicales decretan una huelga general de 24 horas para el día 13, y convocan al pueblo para una manifestación callejera, en el mismo día, “contra la represión, por la libertad y por la democracia”. El comunicado conjunto terminaba con un más o menos clásico —clásico en lo prosaico, no en el tema— “viva la unión de los obreros y estudiantes”. Los términos de esa unión se anuncian el día mismo de la marcha callejera: los estudiantes participan en paralelo. Empieza aquí el “cordón sanitario” que las centrales sindicales van a establecer entre los obreros y los estudiantes y que será llevado, con mucho mayor vigilancia, al terreno mismo en que esa “unión” podría fructificar: a las fábricas ocupadas. De esa marcha, digase de paso, Cohn-Bendit ha de afirmar en seguida: *Ça m'a bien amusé de défilé avec les crapules stalinienne!* La respuesta de Georges Séguy, secretario general de la CGT y miembro del Comité Central del PC, es inmediata (*Cohn-Bendit, qui est-ce?*) pero resulta gangosa: Francia entera ya lo identifica como el principal animador del movimiento de mayo. Los términos del ataque (“anarquista-alemán”) que, en seguida, le hace *L'Humanité*, son retomados, dos días después, por el Gobierno para prohibir la vuelta del líder estudiantil a Francia. En ese mismo día de la prohibición, 23 de mayo, treinta mil personas desfilan por París, en protesta: *Nous sommes tous des juifs allemands*. Desafiando a la prohibición gubernamental, Cohn-Bendit vuelve a Francia, se instala en la Sorbona y convoca a una entrevista de prensa. Dos horas después, un periodista de radio le pregunta a Pompidou qué piensa él de ese espectacular retorno. La respuesta es seca: *Je n'en pense rien*. Francia entera está agarrada a los transistores y toma conocimiento de esa respuesta.

Aunque sin palabra de orden de huelga ilimitada, el movimiento toma cuerpo y los locales de trabajo son sistemáticamente ocupados. Los tres datos del problema están aquí resumidos: las divergencias entre organizaciones sindicales y estudiantes, la impotencia del poder y la rebeldía de los obreros.

Los siguientes hechos también deben ser referidos, pues ellos completan el cuadro y enmarcan su evolución: 1) paralización de todos los transportes y telecomunicaciones, interrupción en la distribución de bencina, ocupación de las centrales eléctricas y de gas por los huelguistas (quienes mantienen la distribución, pero inician cortes periódicos de advertencia), circulante escaso debido a la clausura de los bancos, basura acumulada en todas las calles, colas interminables para la adquisición de comestibles; 2) el Sindicato de la Policía, que reúne el 80% de los agentes, publica una nota oficial criticando al Primer Ministro por haber “desautorizado”, en declaraciones a la prensa, la acción policial en la primera noche de las barricadas; 3) los periodistas de la ORTF, también en huelga, deciden rechazar la ingerencia del Gobierno en la radio y en la televisión y se comprometen a garantizar una información “honesto, completa y objetiva” de los sucesos; 4) la Sorbona y el Odeón, ocupados por los estudiantes, son abiertos al pueblo y se transforman en un centro de ininterrumpidos debates sobre la “nueva sociedad”; 5) más de 80 artistas (de Picasso a Calder) se declaran “solidarios con estudiantes y trabajadores en la lucha por una verdadera cultura” y los cineastas interrumpen la realización del Festival de Cannes y proclaman los Estados Generales del Cine; 6) el discurso de De Gaulle, el día 24, anunciando un referéndum sobre la “participación de obreros y estudiantes en la gestión de empresas y universidades” cae espectacularmente en el vacío y es saludado por millares de personas que hacen una manifestación en la Bastilla (de donde sale el grupo que irá a incendiar la Bolsa de Valores) con el grito *son discours, on s'en fout!*, al mismo tiempo en que los gráficos deciden no imprimir las cédulas para el referéndum; 7) las centrales sindicales, el patronato y el Gobierno se empeñan a través de las negociaciones de Grenelle, los días 25-27, a la conclusión de un acuerdo sobre aumento salarial; el acuerdo, empero, es rechazado por los obreros, configurándose el *impasse* total; 8) por primera vez, después de rehusar el sector obrero acatar las decisiones de las centrales sindicales, el PC habla del “gobierno popular y democrático” y los demás partidos de izquierda piden elecciones generales y lanzan el nombre de Mendès-France, que es hostilizado por el PC; 9) el General De Gaulle, después de enfrentarse con los jefes militares en Baden-Baden, pronuncia el día 30 el famoso discurso de 7 minutos que marca el final del vacío de poder y la reversión de todo el movimiento.